

Santiago ZAPATA BLANCO (ed.). *La industria de una región no industrializada: Extremadura, 1750-1990*. Universidad de Extremadura, Cáceres, 1996, 747 pp.

Que la región más atrasada -menos industrializada- de España haya dado lugar a un libro tan voluminoso y por muchas razones modélico como el que me dispongo a reseñar no deja de resultar paradójico. Al tiempo, también gratificante: para todos los que nos dedicamos a la historia industrial y tenemos a la región como sujeto de nuestras preocupaciones intelectuales, publicaciones como ésta suponen la confirmación de las posibilidades que tal enfoque ofrece para adquirir un conocimiento más amplio y ajustado sobre el propio proceso nacional de industrialización o, si se quiere, acerca de las causas del atraso español a nivel regional.

Utilicé al principio de estas líneas dos términos para calificar la obra: el puramente físico no necesita de mayor aclaración: son casi 750 páginas (y con una «times» de cuerpo 10) en las que se suceden dieciocho colaboraciones debidas a catorce especialistas distintos, coordinados por Santiago Zapata. En cuanto a la calificación de modélico, pretende aludir sobre todo al carácter pionero de esta obra conjunta y a lo que pueda suponer de ejemplo y estímulo para que otras regiones se aventuren en este tipo de reflexiones sobre su pasado industrial. Y no ciertamente por razones cruidas: en última instancia el libro intenta responder a interrogantes fundamentales para el futuro extremeño, y por extensión, para el de otras zonas con parecidas características de atraso: ¿Qué futuro espera a aquellas regiones que no han llegado a industrializarse?, ¿qué papel les reserva la integrada economía postindustrial de la Europa del siglo XXI? En este sentido, la publicación es un claro ejemplo de cómo desde la historia pueden articularse respuestas coherentes y plantearse reflexiones estimulantes sobre asuntos que parecían reservados a otras disciplinas.

En la práctica, el camino elegido es tan válido como cualquier otro: la participación de historiadores, economistas y sociólogos garantiza la exigida interdisciplinariedad y permite que el producto se aproveche de los beneficios de la especialización; ventajas que contrarrestan suficientemente los inconvenientes derivados de la potencial heterogeneidad de toda obra de conjunto, que en este caso se concretan en la desigual extensión -y calidad- de los trabajos incluidos en el volumen. De cualquier forma, y en descargo de la alternativa escogida, es cierto que un proyecto de esta envergadura, y con el estado tan precario de las investigaciones, hubiera sido prácticamente imposible de culminar por uno o pocos especialistas. Tampoco, y es justo señalarlo, el resultado habría sido el mismo sin la presencia de un editor tan concienzudo y riguroso como Zapata.

En cuanto a la distribución de la docena y media de contribuciones que componen la obra, se ha pretendido conciliar el enfoque sectorial -estudios puntuales sobre las industrias textil, harinera y de destilados vínicos- con el análisis de periodos históricos concretos, añadiéndose además colaboraciones sobre fuentes, factores -tecnología, población activa y empresariado- y política industrial. Más adelante señalaré algunas observaciones

sobre esta disposición; por ahora me limitaré a resumir brevemente las diversas aportaciones que conforman el libro.

Tras la descripción y crítica de las principales fuentes empleadas en la investigación -un trabajo que firma todo el equipo investigador-, Miguel Angel Melón ofrece una visión general de la industria extremeña a mediados del siglo XVIII, basada en la elaboración de los datos contenidos en los Mapas o Estados Generales del Catastro del Marqués de la Ensenada. Se muestran ya lo que serán algunas características seculares del sector secundario extremeño, que, de cualquier forma, y en aquella época, tampoco era tan distinto al del resto de la España interior: predominio de las actividades textiles de carácter disperso (sobre todo del trabajo de la lana) y desarrollo de determinados núcleos manufactureros (Hervás, Torrejuncillo, Hinojosa del Duque) no exclusivamente ligados a mercados comarcales.

Lo que sigue es un trabajo ya conocido, por lo que no insistiré más en su contenido: se trata del artículo de Enrique Llopis sobre la evolución de la pañería tradicional entre mediados del siglo XVIII y el primer tercio del XIX, publicado en el número tres de esta *Revista de Historia Industrial*, y en el que el autor situaba la crisis de la pañería doméstica (la formación del desierto manufacturero extremeño) en los últimos treinta años del Antiguo Régimen.

A continuación, Aurora Pedraja escribe una síntesis sobre la estructura interna del secundario extremeño entre 1856 y 1930, basada fundamentalmente en una exhaustiva elaboración de las *Estadísticas de Contribución Industrial* para tres fechas (las dos citadas y 1900) y, en menor medida, en la información facilitada por los registros mercantiles de las dos provincias (formación de sociedades industriales). Los resultados del ejercicio son los esperados: una estructura interna del producto industrial dominada en todo el período por las industrias de bienes de consumo; escasa aportación al total nacional de la industria regional -siempre por debajo de los niveles de población- y una cierta especialización fabril: textil en Cáceres frente a la mayor dedicación agroalimentaria del sur (Tierra de Barros).

Siguen tres trabajos sectoriales centrados en otras tantas actividades que por diferentes razones -sobre todo debido a su aportación al producto regional- son objeto de un tratamiento individualizado. En el primero de ellos, Juan García Pérez ofrece la evolución, en el largo plazo, del sector textil extremeño -casi exclusivamente lanero- entre 1830 y 1940. Su colaboración arranca donde terminaba la de Llopis, esto es, en el momento en que se concretaban diferentes iniciativas modernizadoras en localidades, como Hervás o Torrejuncillo, que previamente habían contado con una estructura artesanal. García Pérez confirma, para Extremadura, lo que sabíamos para el resto de los núcleos laneros no catalanes: la progresiva liquidación de la pañería tradicional por la de los núcleos que en la misma región llegaron a dar el salto al sistema fabril, y el siguiente hundimiento de éstos a manos de la moderna pañería vallesana. Es, sin embargo, mérito exclusivo del autor haber fijado los plazos de esta desarticulación -que culmina ya en el franquismo-, así como las responsabilidades internas (limitaciones del lado de la oferta y de la propia demanda regional) en este proceso de crisis irreversible.

En cuanto a la industria agroalimentaria, Zapata ha logrado que nuestro máximo especialista en la historia contemporánea del sector harinero participe en el proyecto, con lo que logra una visión «desde fuera» (entre 1850 y 1975), particularmente rigurosa, de una actividad que, en términos exclusivamente regionales, fue importante, pero que enmarcada

en el ámbito nacional presentaba las características de arcaísmo técnico, limitado tamaño de planta, exceso de capacidad productiva y sujeción a un mercado escasamente desarrollado, propias de las harinerías más atrasadas de la península.

La otra actividad agroalimentaria merecedora de un estudio individualizado es la rama vínica del sector alcohólico (fabricación de aguardientes y de licores y compuestos). La aportación, escrita por Francisco Zarandíeta, resulta particularmente atractiva y novedosa. Lo es porque, que yo sepa, se trata del primer estudio a nivel regional de una actividad poco conocida al margen de los trabajos generales de Núria Puig y Pan-Montojo; también si tenemos en cuenta que, aunque se trata de una primera aproximación, es la única del libro donde, sin solución de continuidad se intenta abarcar toda la historia contemporánea del subsector (de 1850 a 1993), aportándose las suficientes noticias, sobre la evolución de la estructura empresarial, sus conexiones con la agricultura o los conflictos con los alcohólicos industriales o la administración, como para plantear una investigación de mayor calado.

El resto de libro -algo más de la mitad de sus páginas- se dedica casi exclusivamente al estudio de la industria extremeña desde 1940 a nuestros días, y se inicia con otro artículo de Enrique Llopis -uno de los más extensos del libro-: el que dedica al estudio del secundario extremeño durante el primer franquismo (a grandes rasgos las décadas de los cuarenta y los cincuenta). En su trabajo, Llopis insiste especialmente en el papel desempeñado por dos sectores: el energético (sobre todo la electricidad) y el agroindustrial (harinas, aceite e industrias cárnicas), para terminar integrando el comportamiento extremeño en el de la España de la época (valores añadidos, productividad del trabajo y densidad industrial). Sus conclusiones son del mismo tenor que las referidas a etapas anteriores: apenas se produce mejoría alguna de la situación de la industria extremeña durante la autarquía, manteniéndose por tanto las distancias -y con ellas la situación de atraso- con respecto al conjunto nacional.

Tras él, Pérez Rubio se interesa especialmente en el análisis cuantitativo de la fuerza de trabajo industrial en el franquismo, destacando la atipicidad de un modelo industrial progresivamente deteriorado en estos términos, al que caracterizarían la creciente dedicación agroalimentaria de la población activa industrial e incluso una pérdida absoluta de activos industriales, al menos entre 1955 y 1975.

Las relaciones intersectoriales de la industria extremeña en 1978 son analizadas por Martín Ramajo a partir de las tablas input-output de ese año. De nuevo, el núcleo agroalimentario -seguido en esta ocasión por la producción y primera transformación de metales-, aparece como el que ejerce mayores efectos de arrastre -hacia atrás y adelante- sobre el resto de la economía extremeña, y de nuevo también la estructura productiva de la región se muestra mayoritariamente orientada al mercado interior (regional).

La situación no parece haber cambiado demasiado desde ese año y al menos hasta finales de la década de los ochenta. Esa es la impresión que se desprende de los trabajos siguientes. En el de María Jesús Delgado, por ejemplo, se incide en las principales magnitudes extremeñas (producto, V.A.B. y empleo industrial) entre 1978 y 1989. Como expresa la autora, quizá la innovación más significativa de este período se refiera a la progresiva especialización energética de la región, lo que sin embargo no ha impedido que permanezcan -en algunos casos incrementados- los problemas de épocas anteriores: entre otros, especialización en sectores intensivos en mano de obra y en el empleo de recursos naturales y falta de competitividad del sector manufacturero.

Es precisamente de esta última característica, y para el último año contemplado en el trabajo anterior, de la que se ocupa Martín Ramajo. En base a los datos facilitados por la *Encuesta Industrial*, Ramajo ofrece una visión de conjunto de la manufactura regional, tratando primero algunas de las variables más significativas (costes laborales, tamaño empresarial, rentabilidad), para finalizar situando la posición de los distintos sectores industriales de la región en el total nacional.

Por su parte, Georgina Cortés analiza la localización industrial (en 1992) desde la estadística económica. Ello le permite caracterizar la actividad industrial en base a su distribución espacial y concluir ratificando la estrecha relación existente entre las vías tradicionales de comunicación, intra e interregionales (ríos, carreteras, ferrocarril), y también, lo que resulta lógico si recordamos la vocación agroindustrial extremeña, la coincidencia entre tierras de regadío y aquellas zonas de mayor densidad industrial.

En mayor o menor medida, los artículos siguientes se ocupan de la incidencia en la región de las distintas políticas industriales puestas en práctica en España desde la Autarquía. Como no podía ser de otra forma, el Plan Badajoz tiene un protagonismo evidente en todas estas colaboraciones. En última instancia, y como los restantes trabajos sobre la época también ponen de manifiesto, el industrialismo agrario resultó una apuesta frustrada, que deparó escasos beneficios a la economía real de la región. Así lo demuestra José A. Pérez Rubio para el periodo 1940-1980, un análisis que prolonga -con parecidas conclusiones- Martín Ramajo hasta la consolidación del Estado de las Autonomías.

En fin, la colaboración que cierra el volumen tiene un marcado carácter teórico: no es el resultado de ninguna investigación sobre Extremadura, sino una síntesis, firmada por Rafael Myró, donde se repasan las aportaciones más significativas y recientes de la teoría económica sobre el desarrollo regional. En sus páginas, el autor insiste en la importancia de la política industrial como instrumento corrector de desequilibrios, destacando una serie de variables (en especial aquellas que inciden en el apoyo a la empresa privada) sobre las que, en su opinión, debería concentrarse la intervención pública.

Concretamente es el empresariado extremeño el objeto del penúltimo trabajo que queda por resumir. Elaborado por Manuel Palazuelos y José A. Pérez Rubio, se trata de presentar los resultados de una encuesta realizada de 1987 a 1989 sobre una muestra representativa de empresarios de la región. Fueron 139 respuestas a un cuestionario que intentaba una doble aproximación sociológica (niveles formativos, modelos de acción empresarial) y económica (flujos comerciales, perspectivas de crecimiento, relaciones con la administración, necesidades de financiación), y en las que termina poniéndose de manifiesto una situación no tan negativa como otros indicadores económicos regionales podían dar a entender.

He dejado para el final el comentario sobre el trabajo de Santiago Zapata, porque me sirve para transitar del mero resumen a la valoración crítica de la obra, y con ella a apuntar algunas observaciones que, por cuestiones de espacio, limitaré al conjunto de la publicación. Digo esto porque la colaboración de Zapata encierra todos los elementos para haberse convertido en lo que me parece la ausencia más significativa del libro: un capítulo final, que lo fuera tanto por su ubicación como por asumir la síntesis y reflexión en torno al buen número de conclusiones y a las posibles alternativas que, acerca del futuro de la región, se plantean a lo largo de la obra.

Mi colega aporta ideas sugerentes, rebate con tino opiniones de otros autores y es capaz de integrar lúcidamente el limitado proceso industrializador extremeño en un marco económico general donde las ventajas comparativas aparecen históricamente ligadas a un determinado modelo de especialización agraria (que, por lo demás, parece haberse demostrado como escasamente dinamizador del conjunto de la economía regional). Sin embargo, el artículo sólo cumple parcialmente la función que, como editor, le correspondía al autor. En mi opinión, Zapata, que repetidamente alude a la necesidad de profundizar en la dimensión regional de nuestro proceso de industrialización y en las relaciones interregionales que puntearon el fenómeno, quizá debería haber sido menos prudente en esta ocasión y correr el riesgo de aventurarse a ofrecernos un colofón interpretativo -basado en las setecientas páginas anteriores- del atraso industrial extremeño.

Hay en el libro otras ausencias más puntuales, pero igualmente inquietantes. Las de la energía y la minería no energética me parecen las más significativas de todas. En una región donde los recursos naturales han jugado un papel clave como factores explicativos de sus limitaciones industriales, y donde el sector energético se ha demostrado en las últimas décadas como el principal contribuyente al producto industrial, sorprende que no se le haya dedicado un capítulo de similares características al del textil o el harinero. Ello sin aludir al afán globalizador y ponderado del proyecto -y con él, de la publicación- del que queda fuera la actividad extractiva y, en general, toda la industria no fabril. Es cierto que la minería extremeña se limitó prácticamente a los fosfatos de Logrosán, y también que el artículo de Llopis incide especialmente en el desarrollo del subsector eléctrico, pero no lo es menos que se ha perdido una oportunidad adecuada para llevar a cabo una primera aproximación a la aportación de las fuentes energéticas tradicionales (leña, carbón vegetal o la propia energía hidráulica empleada por las fábricas de hilados de lana), el consumo de carbón mineral (a través de las estadísticas de comercio exterior o el transporte por ferrocarril), e incluso para haber construido un rudimentario balance energético regional.

Algo parecido ocurre con otras actividades ligadas al sector agrario: es el caso de la industria cárnica y, sobre todo, del corcho, cuya tardía incorporación al sector manufacturero (un 8,3% del producto industrial en 1930) no es objeto de una explicación convincente. Si, como sabemos por Zapata, la explotación corchera fue un elemento clave de ese modelo de especialización agraria al que aludí más arriba, la incapacidad extremeña por desarrollar un sector transformador -que además de en Gerona, también se localizó en Sevilla- se convierte en una de esas incógnitas cuya resolución seguramente habría arrojado alguna luz sobre el conjunto de las precariedades industriales de la región.

En fin, estas últimas observaciones no han pretendido empañar o distorsionar mi opinión sobre lo que, como apuntaba al principio, considero un excelente libro y una obra de todo punto recomendable. Al contrario, ojalá su ejemplo cundiera y en otras universidades fuésemos capaces de emprender y culminar un trabajo de estas características. Mientras tanto, el esfuerzo de Zapata y de todos los que han contribuido a la edición quedará como el punto de referencia inexcusable al que otros investigadores -en especial aquellos que trabajamos sobre regiones atrasadas- deberemos acudir como modelo a imitar.